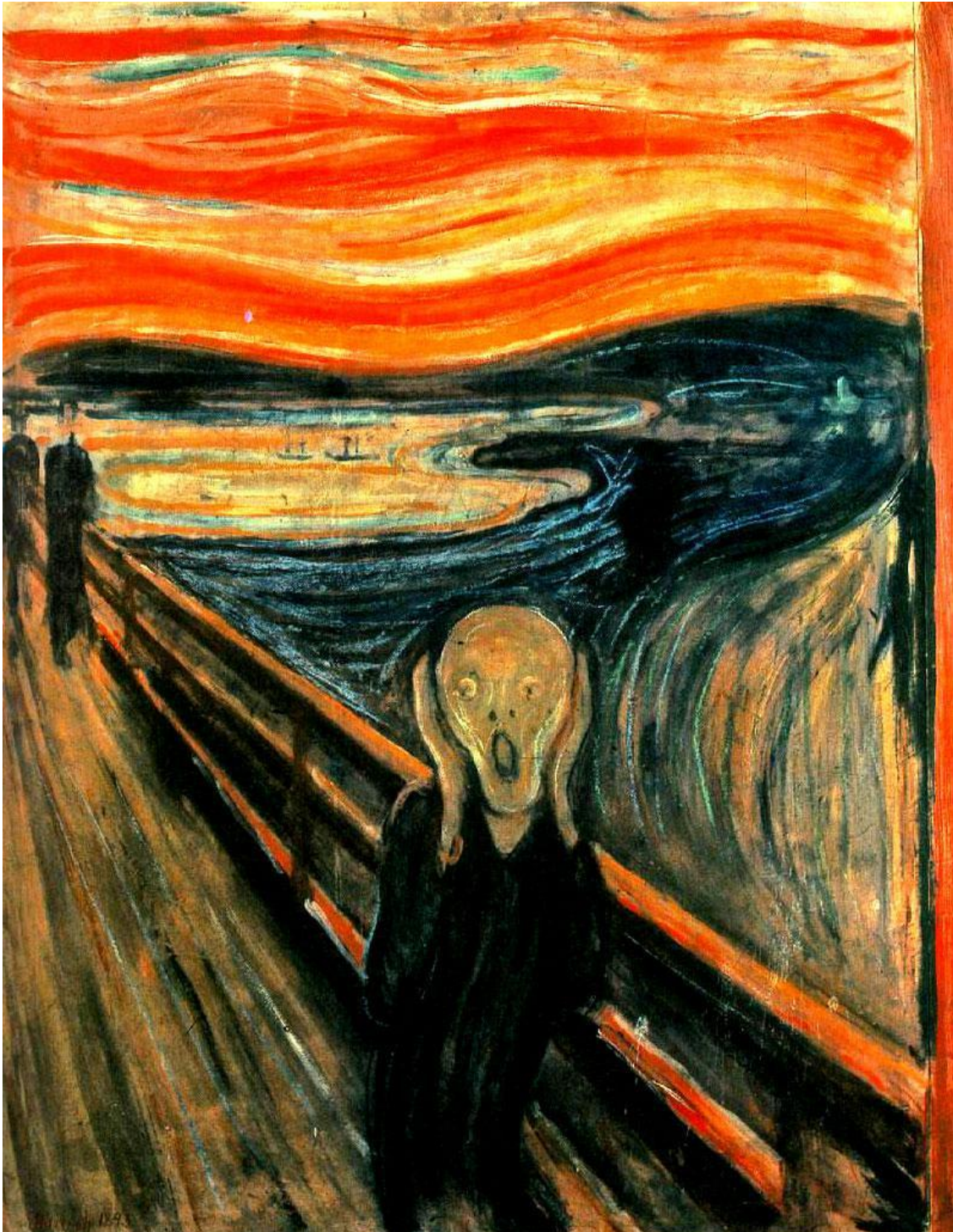


# REGRESO AL PASADO



El olor a pintura fresca me envolvió mientras me dejaba caer en mi sillón y contemplaba mi obra terminada. Me encontraba en mi taller en Noruega y me rodeaban todos los cuadros que había ido dibujando a lo largo de mi vida, como *La Niña Enferma*, *La Desesperación*, *Madonna* y muchos otros no tan conocidos. Observé satisfecho cómo la pintura se iba secando y una vez estuvo lista, me incliné sobre el lienzo y escribí mi firma: Edvard Munch.

El cuadro mostraba un puente en el que se encontraba un hombre vestido con un largo abrigo negro. Tenía la cara pálida, la boca abierta y una expresión de sorpresa y terror grabada en el rostro mientras gritaba y se llevaba las manos a los oídos, como protegiéndose del ruido. Por ese mismo puente caminaban dos figuras vestidas completamente de negro, una al lado de la otra, acercándose desde la distancia. El cielo era de un siniestro color rojo, con tonos naranjas, amarillos y azules. Estaba mirando al hombre que gritaba cuando, de repente, se me nubló la vista y retrocedí a 1871, cuando tenía 8 años.

Estaba sentado en el alféizar de una ventana contemplando las estrellas cuando me miré las manos y casi me caí cuando me di cuenta de que esas no eran las mías, ¡sino las de un niño! Contemplé mi reflejo en el cristal de la ventana y la cara de mi yo de 8 años me devolvió la mirada con los ojos llenos de pánico. Miré a mi alrededor desesperadamente, tratando de ver algo que me indicara que todo esto era un sueño, cuando me di cuenta de una cosa. No estaba en un sueño, sino en un recuerdo. Entonces, noté que no tenía control sobre mi mente, sino que era más como un pasajero en la mente del niño Edvard Munch, es decir, yo.

Me metí en la cama y los párpados se me empezaron a cerrar del cansancio. Si no recordaba mal, sabía lo que pasaría en cuanto me durmiera y no era algo que me gustaría repetir. Sin embargo, el sueño me pudo y cerré los ojos. Ojalá pudiera decir que me sumí en un sueño profundo y tranquilo, pero en cuanto cayeron mis párpados, me desperté en un bar a la orilla de un río.

Ya sabía lo que vería en cuanto abriera los ojos, pero aun así los abrí y volví a ver aquel puente de madera a través de la ventana del bar, aquel puente que me atraía hacia él como una mosca. Ya no

estaba en el cuerpo de un niño, sino en el de un hombre alto y pálido con un largo abrigo negro. Me levanté de la silla y salí del bar como en un trance, acercándome cada vez más a ese extraño puente de madera, que cruzaba un río con aguas de aspecto tenebroso. Me subí al puente y cuando ya estaba casi por la mitad, sentí una opresión terrible en el pecho y el dolor se apoderó de mí.

Un grito de dolor sordo brotó de mi pecho desgarrándome la garganta en una súplica de ayuda sobrecogedora. La presión que sentía en el pecho aumentó hasta el punto en el que se hizo insoportable y me tapé los oídos para guardarme del horrible sonido que salía de mí. El grito estaba lleno de rabia y dolor, pero también de tristeza y desesperanza. Algo en lo más profundo de mi ser me urgía a abrir los ojos que había cerrado por causa del dolor, pero lo único que podía hacer era expulsar todos esos sentimientos en forma de grito mientras me doblaba como si me hubiesen pegado un puñetazo en el estómago, solo que el dolor que sentía era mucho peor. Se me entrecortó el aliento a la vez que suplicaba que el dolor pasara, y, sollozando, dejé que la emoción se apoderara de mí. No sé cuánto tiempo estuve así, como poseído, sumido en aquel mar de dolor infinito, en aguas tan turbulentas como las que había debajo de mí, hasta que abrí los ojos.

Divisé a dos figuras vestidas de negro que se acercaban por el puente, caminando a la par y con una expresión tan seria en el rostro que resultaba escalofriante. Hablaron los dos a la vez con una voz grave y profunda y dijeron así:

“Al llegar el año final, el mundo que conocemos se acabará y todo ser morirá.”

Mientras pronunciaban estas palabras, el cielo se tornó rojo y se removió como un huracán, añadiendo tonos naranjas, amarillos y azules a este espectáculo aterrador. Entonces desaparecieron en un rayo de luz dorada, cegándome.

Recuerdo cómo me sentí al escuchar esa especie de profecía que parecía salida de un seguidor muy lúgubre del dios Apolo. “Estas palabras no son ciertas”, recuerdo haber pensado. Pero mientras volvía al bar, pensé: “¿Y si son verdad?”. No podía imaginarme el fin del mundo, pero todo tiene su fin, ¿así que por qué el mundo no iba a tenerlo? Cada vez me convenzo más de que aquellos extraños hombres tenían razón, y ya en el cuerpo de mi yo de 8 años, salí de la cama y me acerqué otra vez a la ventana, donde me senté en el alféizar y me quedé contemplando las estrellas como hice hace lo que

parecen siglos, aunque en realidad ha pasado solo una hora. Empecé a sentir los párpados pesados y acabé durmiéndome con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventana.

Me desperté repantigado en el sillón de mi taller. Todo estaba tal cual lo había dejado, cosa que me inquietó un poco, pues me sentía como si hubiera estado una semana entera fuera. Contemplé el cuadro recién pintado y el recuerdo de aquella escena que había grabado para siempre en el papel me produjo un escalofrío que me recorrió la columna. Antes había dudado sobre qué nombre ponerle a mi obra, pero ya no dudé más. Si este regreso al pasado me había enseñado algo, era que ese cuadro iba a ser recordado como “El Grito”, por Edvard Munch.

Tiempo actual: 2026

Un niño de 8 años paseaba por la Galería Nacional de Noruega, en Oslo, cuando un cuadro en especial llamó su atención. Antes de decir de qué cuadro se trataba, os voy a describir cómo era este niño. Se llamaba Almos y era un chico con el pelo negro bien peinado, bajito, con ojos azules y con una expresión de curiosidad en el rostro. Almos había ido a la GNN con su padre y ahora estaba cogido de su mano, caminando por una sala enorme llena de cuadros. El niño llamó la atención de su padre tirándole de la manga del abrigo y cuando este miró hacia abajo le preguntó quién era aquel hombre que salía en el cuadro que tenían enfrente. Viendo la escena que representaba el cuadro, Almos se quedó pasmado y se preguntó cómo alguien podía expresar tanto con un simple dibujo. Un escalofrío recorrió a padre e hijo y los dos se quedaron contemplándolo durante un buen tiempo y siguieron pensando en él durante todo el trayecto a casa.

Al llegar a casa vieron que la puerta principal estaba entornada y que la luz estaba encendida.

Entonces, dos hombres vestidos totalmente de negro salieron por la puerta y hablaron a la vez con una voz grave y profunda. Dijeron así:

“Al llegar el año final, el mundo que conocemos se acabará y todo ser morirá”